

En esta parte del país, la gente piensa que Doc Judd lleva magia en su cartera de cuero negro. Es así de bueno.

Desde que perdí la pierna en el aserradero, he sido de utilidad en el lugar de trabajo de Judd. Por ejemplo, cuando Doc recibe una llamada nocturna después de un día realmente duro, cuando está demasiado cansado para conducir, en fin, creo que se entiende. Con la pierna de plástico que Doc me consiguió con un descuento puedo estampar el pedal del acelerador sin problemas.

Mientras Doc entra a una granja para entregarle una medicina a una abuela, o a un bebé, me siento en el auto y los escucho hablar sobre lo inteligente que es el viejo Doc. En el condado de Groppa le dirán que Doc Judd puede manejar cualquier asunto; y no le mentirán. No obstante, a veces me pregunto qué pensarían de la forma en que Doc manejó el asunto de su único hijo, quien se enamoró de una vampira.

Fue un verano terriblemente caluroso cuando Steve regresó a casa de vacaciones, con un clima realmente abrasador. Quería llevar a su padre y ayudarlo con los quehaceres, pero Doc dijo que después del primer año de medicina cualquiera merecía unas vacaciones.

—El verano es un momento bastante tranquilo —le dijo—. Nada más que hiedra venenosa y cosas así hasta que lleguemos a la temporada de polio en agosto. Además, no querrás expulsar al viejo Tom de su trabajo, ¿verdad? No, Stevie, simplemente quiero que disfrutes tu tiempo libre.

Steve asintió y se fue. Y quiero decir, despegó. Aproximadamente una semana después, comenzó a llegar a casa a las cinco o seis de la mañana. Dormiría hasta las tres de la tarde, holgazaneando durante un par de horas y, a las ocho y media, comenzaría la rutina otra vez. Cosas de muchachos, ya saben, quizás alguna muchacha.

A Doc no le gustó, pero había criado al niño con una mano agradable, y no dijo nada. Pero el viejo Tom Buttinsky, yo, era diferente. Había ayudado a criar al niño desde que murió su madre, y no veía mal una reprimenda de vez en cuando. Así que hablé con él, pidiéndole que no fuera demasiado lejos en sus incursiones nocturnas. Podría haber estado hablando con una piedra por toda la atención que me dispensó. No es que Steve fuera grosero. Su mente estaba en otra parte.

Y luego comenzaron las otras cosas, cosas extrañas realmente, y Doc y yo nos

olvidamos de Steve. Una especie de epidemia se esparció por los niños del condado de Groppa. Veinte o treinta pacientes al mismo tiempo, aproximadamente.

—Casi me ha vencido, Tom —Doc confía en mí cuando recorremos las carreteras sucias del campo—. Actúa como una fiebre común, sin embargo, el aumento de la temperatura apenas se nota. Los niños se debilitan mucho y su recuento sanguíneo disminuye. Y se mantiene así, sin importar lo que haga. Lo bueno es que no parece ser fatal, por ahora.

Cada vez que hablaba de eso, sentía una punzada donde mi muñón se unía a la pata de plástico. Me sentí tan incómodo que intenté cambiar de tema, pero eso no era posible con el Doc. Se había acostumbrado a pensar en sus problemas hablando conmigo, y esta epidemia le pesaba bastante.

Había escrito a un par de universidades para pedir consejo, pero no parecían ser de mucha ayuda. Y todo el tiempo, los padres de los niños esperaban que él sacara un milagro envuelto en celofán de su pequeña bolsa negra, porque, como dijeron en el condado de Groppa, no había nada que pudiera salir mal con un cuerpo humano que Doc Judd no pudiese encargarse de una forma u otra. Pero los niños se debilitaban cada vez más.

Lo vi llorar, a Doc, al sentarse de noche revisando los últimos libros y revistas médicas que había ordenado en la ciudad. Por lo que pude ver, no encontró nada sobre el asunto. Así de grave era la cosa.

Y luego trajo a casa el pañuelo. Tan pronto como lo vi, mi muñón dio una punzada buena, dura. Era un pañuelo pequeño y elegante, todo de lino bordado y bordes de encaje.

—¿Qué piensas, Tom? Encontré esto en el piso de la habitación de los niños de los Stopes. Ni Betty ni Willy tienen idea de dónde vino. Por un momento, pensé que podría tener una forma de localizar la fuente de infección, pero esos niños no mentirían. Si dicen que nunca lo vieron antes, entonces es así —Dejó caer el pañuelo sobre la mesa de la cocina que estaba limpiando y se quedó allí suspirando—. La anemia de Betty comienza a verse seria.

Salió al estudio, con los hombros doblados como si estuvieran bajo un montón de cemento.

Todavía miraba fijamente el pañuelo, masticando una uña, cuando Steve apareció. Se sirvió una taza de café, la dejó caer sobre la mesa y vio el pañuelo.

—Hola —dijo—. Eso es de Tatiana. ¿Cómo llegó aquí?

Me tragué lo que quedaba de la uña y me senté con mucho cuidado frente a él.

—Steve —dije, y luego me detuve para masajear mi muñón dolorido—. Stevie, ¿conoces a una chica que posee ese pañuelo? ¿Una chica llamada Tatiana?

—Claro. Tatiana Latianu. Mira, allí están sus iniciales bordadas en la esquina: T.L. Ella es descendiente de la nobleza rumana; la familia se remonta a unos quinientos años. Me voy a casar con ella.

—¿Ella es la chica que has estado viendo todas las noches durante el último mes?

Él asintió.

—Ella solo sale de noche. Odia el resplandor del sol. Ya sabes, es una chica poética, romántica. Y Tom, es tan hermosa...

Durante la siguiente hora me quedé sentado y lo escuché. Y me sentía cada vez más enfermo. Porque yo también soy rumano, por del lado de mi madre. Y sabía por qué había estado recibiendo esas punzadas en mi muñón.

Ella vivía en el municipio de Brasket, a unas doce millas de distancia. Tom se había encontrado con ella una noche cuando su convertible se había averiado. Él la había llevado hasta su casa. Acababa de alquilar la antigua mansión Mead. El muchacho se había enamorado de ella, con anzuelo, hilo y toda la maldita caña de pescar.

Muchas veces, cuando él llegaba para una cita, ella estaba fuera, conduciendo por el campo en el aire fresco de la noche, y él tenía que esperarla jugando cribbage con su criada, una vieja rumana con cara de pájaro. Una o dos veces había tratado de ir tras ella en su coche de carreras, pero eso le había causado problemas. Cuando ella quería estar sola, era mejor no molestarla. Y eso fue todo realmente: la esperaba noche tras noche. Pero cuando regresaba, según Steve, ella sabía compensarlo. Escuchaban música, hablaban, bailaban y comían extraños platos rumanos que la criada preparaba. Se quedaba allí hasta el amanecer. Luego volvía a casa.

Steve puso su mano sobre mi brazo.

—Tom, ¿conoces ese poema sobre el búho y el gatito? Siempre pensé que la última línea era hermosa. Bailaron a la luz de la luna, la luna, bailaron a la luz de la luna. Así será mi vida con Tatiana. Al menos eso espero. Todavía tengo problemas para convencerla.

Solté un largo suspiro.

—¿De verdad, Stevie? ¿Casarse con una chica así...

Cuando vi sus ojos me interrumpí. Pero fue demasiado tarde.

—¿Una chica así? ¿Qué demonios quieres decir, Tom? Ni siquiera la has conocido.

Traté de salir del tema, pero Steve no me dejó. Estaba realmente dolorido. Entonces pensé que lo mejor era decirle la verdad.

—Stevie escucha. No te rías. Tu novia es un vampiro.

Abrió la boca lentamente.

—Tom, estás fuera de tus cabales.

—No, no lo estoy.

Y le conté sobre los vampiros. Le conté lo que había escuchado de mi madre, allá en mi tierra, Transilvania, cuando tenía veinte años. Cómo pueden vivir y tener todo tipo de poderes extraños, siempre y cuando tengan un festín de sangre humana de vez en cuando. Cómo se hereda la contaminación del vampiro, generalmente solo un niño de la familia lo contrae. Y cómo salen solo de noche, porque la luz del sol es una de las cosas que puede destruirlos.

Steve se puso pálido en este punto. Pero seguí. Le conté sobre la misteriosa epidemia que había afectado a los niños del condado de Groppa y que los volvió anémicos. Le conté que su padre encontró el pañuelo en la casa de los Stopes, cerca de dos de los niños más enfermos. Se lo dije, pero de repente estaba hablando conmigo mismo. Steve salió de la cocina. Un segundo o dos más tarde, se retiró en su coche carreras.

Regresó alrededor de las once y media, tan desgastado físicamente como su padre. Tenía razón, de acuerdo. Cuando despertó a Tatiana y le preguntó directamente, ella se derrumbó y lloró un par de cubos llenos. Sí, ella era un vampiro, pero solo había cedido a la sed hace un par de meses. Había luchado hasta que su mente comenzó a resquebrajarse. Entonces descubrió que podía hacerse invisible, y así había atacado a los niños. Tenía miedo de los adultos: podrían despertarse y atraparla, creía. De hecho, había atacado a varios niños a la vez, para que ninguno perdiera demasiada sangre. Solo que el deseo se había vuelto más fuerte...

Aun así, Steve le había pedido que se casara con él.

—Debe haber una forma de curarla —dijo—. Es una enfermedad como cualquier otra.

Pero ella, y le agradecí a Dios por eso, había dicho que no. Lo empujó y lo obligó a irse.

—¿Donde esta papá? —preguntó Stevie—. Él podría saber cómo curarla.

Le dije que su padre debía haberse ido al mismo tiempo que él y que aún no había regresado. Entonces los dos nos sentamos y meditamos sobre el tema.

Cuando sonó el teléfono, ambos casi nos caímos del sillón. Steve respondió y lo escuché gritar por la boquilla. Corrió hacia la cocina, me agarró del brazo y me arrastró hasta su coche.

—Era la criada de Tatiana, Magda —me dijo mientras salíamos a toda velocidad por la carretera—. Ella dice que Tatiana se puso histérica después de que me fui, y hace unos minutos se fue en su descapotable. No dijo a dónde iba. Magda dice que cree que Tatiana va a suicidarse.

—¿Suicidio? Pero si ella es un vampiro, ¿cómo diablos... —Y de repente supe exactamente cómo. Miré mi reloj—. Stevie, conduce a Crispin Junction. ¡Y conduce como el demonio!

Y lo hizo. En un momento pensé que el motor iba a explotar, literalmente. Recuerdo que las curvas apenas tocando la carretera con el borde de un neumático.

Vimos el convertible tan pronto como entramos en Crispin Junction. Estaba estacionado al costado de una de las tres carreteras que cruzan la ciudad. Había una figura diminuta, envuelta en un endeble camión, de pie en medio de la calle desierta. Sentí que el muñón de mi pierna estaba siendo golpeado con un martillo.

El reloj de la iglesia comenzó a tocar la medianoche justo cuando la alcanzamos. Steve saltó y le arrancó una afilada estaca de las manos. La tomó en sus brazos y la dejó llorar.

Me sentía bastante mal en este punto. Porque todo lo que había estado pensando era en cómo Steve estaba enamorado de un vampiro. No lo había mirado desde su perspectiva. Había estado lo suficientemente enamorada de él como para tratar de suicidarse de la única forma en que un vampiro podía ser asesinado: atravesando su corazón en una encrucijada, a la medianoche.

Y ella era una criatura pequeña y bonita. Me había imaginado a una de estas damas fantásticas; ya sabes, alta, antigua, con un vestido ajustado. Una bruja. Pero se trataba de una joven muy asustada y muy molesta que se subió al auto y se acurrucó en el brazo libre de Steve. Incluso me di cuenta que era más joven que él.

Entonces, mientras regresábamos, pensaba para mí mismo que estos dos niños estaban en serios problemas. Ya es bastante malo enamorarse de un vampiro, pero

también ser un vampiro enamorado de un ser humano normal.

—¿Pero cómo puedo casarme contigo? —gimió Tatiana—. ¿Qué tipo de vida hogareña tendríamos? Y Steve, ¡una noche podría tener suficiente hambre como para atacarte!

La única cosa con la que ninguno de nosotros contó fue Doc.

Una vez que le presentaron a Tatiana y escuchó su historia, sus hombros se enderezaron y las luces volvieron a encenderse en sus ojos. Los niños enfermos estarían bien ahora. Eso fue lo más importante. Y en cuanto a Tatiana...

—Tonterías —le dijo—. El vampirismo podría haber sido una enfermedad incurable en el siglo XV, pero estoy seguro que se puede manejar en el siglo XX. Primero, esta vida nocturna apunta a una posible alergia a la luz solar y quizás a un toque de ftofobia. Gafas, por el momento, mi niña, y veremos qué hacemos con las inyecciones de hormonas. La necesidad de consumir sangre, sin embargo, presenta un problema algo mayor.

Pero lo resolvió.

Producen sangre en forma deshidratada y cristalina en estos días. Entonces, todas las noches, antes de que la señora de Steven Judd se vaya a dormir, echa un polvo preparado en un vaso alto de agua, deja caer uno o dos cubitos de hielo, revuelve, y tiene su dosis diaria de sangre. Que yo sepa, ella y su esposo viven felices.